

Ángel Esteban

# El polvo del saber

en Julio Ramón

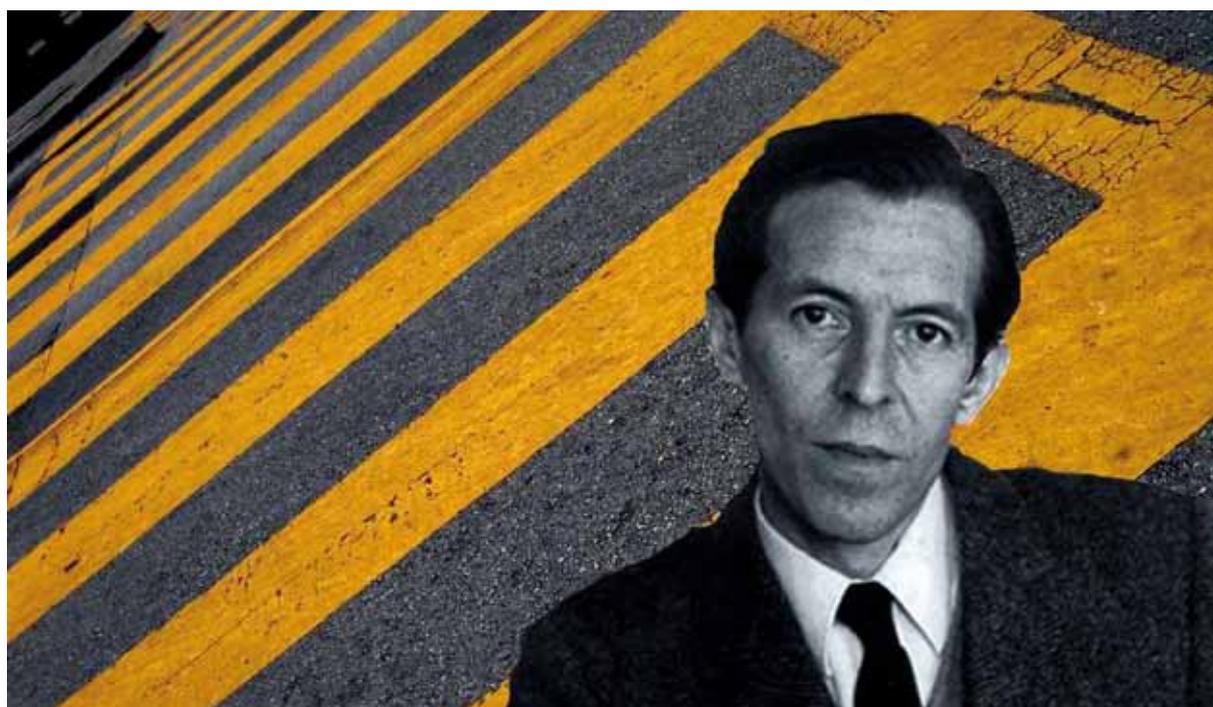
*“El polvo del saber” es un relato autobiográfico del peruano Julio Ramón Ribeyro. Su protagonista, enamorado de los libros y las bibliotecas, se queja amargamente de no haber podido disfrutar de la biblioteca de su bisabuelo, con diez mil volúmenes, algo que le dejó marcado. Una persona que, como él, ama la lectura desde la niñez, se puede permitir el lujo de hacer reflexiones más que interesantes sobre la vorágine de las nuevas tecnologías y su vinculación con los libros y las bibliotecas, sobre el boom de los bestsellers o sobre la incapacidad de leerlo todo... Solo alguien como Julio Ramón puede hacer una filosofía tan necesaria como certera sobre el universo de los libros y las bibliotecas.*

Hay un cuento de Ribeyro que condensa la mayoría de las obsesiones del autor. “El polvo del saber” es un relato autobiográfico, sobre el universo de los libros y las bibliotecas, con acento en el mundo culto de los antepasados, henchido de ironía y provisto de todos los mecanismos del fracaso y la disolución que corren por tantas páginas de sus piezas cortas. Como “Los eucaliptos” o muchos de los relatos santacrucinos, evoca un tiempo pasado que nunca volverá y que pudo ser idílico, al menos visto con los ojos del recuerdo, e insiste en que “cualquiera tiempo pasado fue mejor”. El cuento está escrito en 1974, cuando las bibliotecas y los libros todavía no estaban amenazados por la vorágine de las nuevas tecnologías y los espacios virtuales, pero sí sufrían las consecuencias de la dejadez y la ausencia de sensibilidad para apreciar los bienes culturales. A Ribeyro no le importaba salvar al mundo de la mediocridad, no se ponía como meta convencer a las clases medias de la necesidad de leer, de conocer. Solo aspiraba, como Silvio, en su rosal, a la paz del vencido, del que no tiene otra cosa que su modesto espacio de civilización. En eso se parece a los personajes de los últimos años de Mario Vargas Llosa, sobre todo a don Rigoberto, que tampoco se cree un enviado para decir al mundo lo que tiene que hacer, sino que desea únicamente ser discretamente feliz en su biblioteca, con sus libros, su música, sus obras de arte.

Por eso el relato de Julio Ramón es especialmente amargo. Que el mundo no entienda al intelectual y al artista no importa tanto, pero que el mundo niegue al hombre sensible la posibilidad de establecer su espacio de civilización parece mucho más grave. El protagonista de “El polvo del saber” nunca puede disfrutar de los libros, de la estupenda biblioteca

del bisabuelo, con sus diez mil volúmenes. Primero porque, cuando era universitario pasaba por la casa de la biblioteca sin poder entrar, sabiendo que sus tíos, que la habían heredado, no tenían con él la confianza necesaria para dejarlo entrar y consultar los libros. Luego porque, al morir el tío Ramón, que había prometido testar a favor de su hermano, es decir, del padre del protagonista, aquel tesoro pasó a manos de la viuda, que odiaba a la familia política. Más tarde porque ella emigró a Buenos Aires y, cuando murió, la casa comenzó a ser una pensión de estudiantes. Cuando, finalmente, el narrador consigue ingresar a la quinta de modo casual, con un amigo de la universidad que tenía una habitación alquilada, se encuentra con la dura realidad: aquellas joyas habían sido apartadas a los dominios olvidados de la servidumbre, y el tiempo y la dejadez habían dañado todos los libros, que yacían irrecuperables, por el abandono, el paso del tiempo, la ingratitud, el desuso, los avances de la corrupción.

*El cuento está escrito en 1974, cuando las bibliotecas y los libros todavía no estaban amenazados por la vorágine de las nuevas tecnologías y los espacios virtuales.*



<http://joseantoniogaloso.blogspot.com>

Julio Ramón heredó de su padre el amor por los libros y las bibliotecas, como aclara el narrador en el relato. Podría escribirse la biografía del peruano alrededor de sus libros y sus bibliotecas, desde el entorno familiar de la infancia hasta el reducto de Barranco de sus últimos años. Para Ribeyro, basta con unos cuantos libros para explicarse a sí mismo y explicar todo lo que le interesa. Un resumen de la existencia entera asociada a los libros de una biblioteca personal se enuncia en una de las más desconocidas entradas de los *Dichos de Luder*:

Lo encuentran paseándose abstraído en torno a la mesa de su biblioteca.

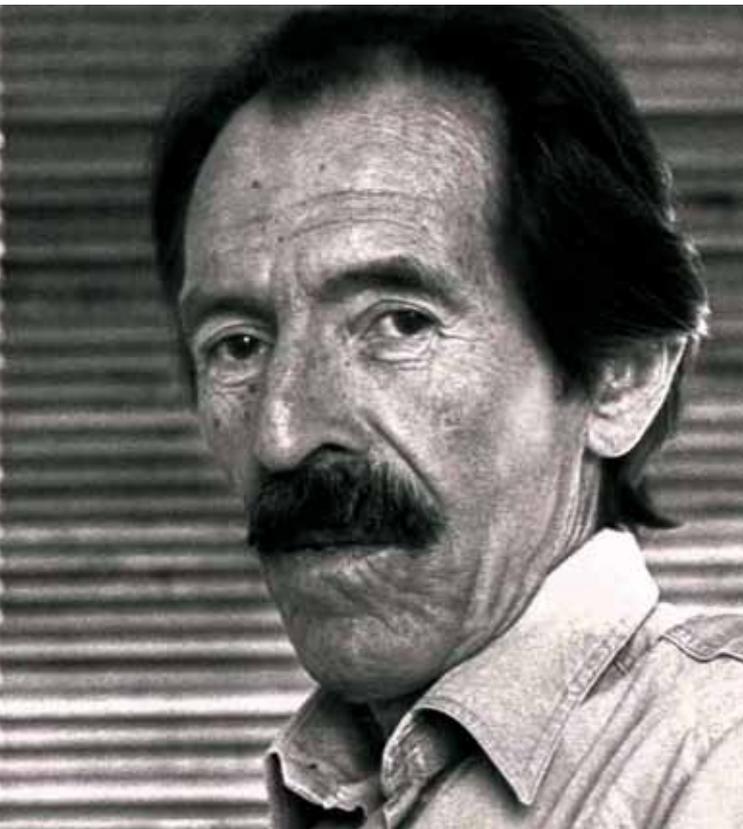
-Me he dado cuenta –dice Luder– que nuestra vida solo consiste en dar vueltas y vueltas alrededor de unos cuantos objetos. (Ribeyro 1989: 42)

Ribeyro habló en muchas ocasiones de la excelencia de la biblioteca que había en la casa paterna. En la conferencia en el Banco Continental de abril de 1984 reconocía que para justificar su vocación había que aludir necesariamente a la infancia y a la adolescencia, porque su padre poseía una “excelente biblioteca” (Pérez y Palacios 2008: 191), ya que era un gran aficionado a la literatura y que, por ello, desde muy niño tuvo ocasión de tener contacto con libros y con autores. “Recuerdo –aclara el peruano– que mi padre tenía la costumbre, cuando llegaba de su trabajo, de convocarnos en el salón de la casa –nosotros teníamos 8, 10 años– y leernos a sus autores

preferidos, y nos leía en voz alta a estos autores. Obras que hasta ahora recuerdo perfectamente y de lo más variadas. Obras clásicas como *El Quijote* o pesías de Baudelaire, que él mismo traducía del francés, obras de Eça de Queirós o autores ingleses como Chesterton, Oscar Wilde o el *Libro de la jungla*. Infinidad de autores, en particular franceses; trozos de Flaubert, trozos de Maupassant.” (Pérez y Palacios 2008: 191) En una entrevista de 1992, recordaba Julio Ramón que en su infancia no había televisión, pero que él esperaba que fueran las siete de la noche, porque a esa hora empezaba la sesión de lectura de su padre. Y añade que una vez trató de hacer una lista de autores que les leyó y salieron como ochenta. Además de los ya reseñados se encontraban Balzac, Dickens, Ricardo Palma, Valdelomar, Kipling, Shaw, etc., y que además su padre no solo los leía sino que los comentaba y, “como era un gran actor, hacía una lectura muy emotiva” (Coaguila 1998: 257).

Pero llegó un momento en el que ya no le elegían los autores y los libros, sino que él mismo escogía el material que le interesaba de esa enorme biblioteca paterna. Su primer contacto directo con la literatura, no inducido, tuvo como protagonista al cuento. Cayeron en sus manos muchos relatos de autores muy diferentes, y quiso parecerse a ellos. Además, su padre murió siendo él muy joven, cuando tenía quince años. A partir de ese momento, en la adolescencia, ya no tuvo un guía para sus lecturas, y fue autodidacta hasta que llegó a la universidad. También escuchaba música y acudía a funciones teatrales y al cine, pero el módulo cultural que más frecuentaba era el de la lectura de buena literatura. En una entrevista de 1982 comentaba cómo hubo momentos en su vida en que frecuentó las cinematotecas, sobre todo recién llegado a París. Veía mucho cine, dos o tres películas seguidas cuatro o cinco veces por semana. Pero en los setenta dejó de ir al cine progresivamente, hasta abandonar esa práctica de modo casi absoluto. Otro interés cíclico fue el de la música. Por ejemplo, fue a todos los conciertos del Teatro Municipal de Lima durante siete años seguidos, y luego dejó por completo, y de modo radical, esa práctica. En otra época parisina iba al teatro cuatro o cinco veces a la semana, cuando trabajaba en la France-Presse, ya que debía escribir una crónica semanal para la agencia. Cuando renunció al cargo dejó de ir al teatro. Lo que nunca faltó fue el recurso a las bibliotecas y los libros, porque en la lectura encontró siempre “gratificaciones estéticas o espirituales” que no siempre recibía en otras manifestaciones artísticas (Coaguila 1998: 90).

Se puede decir que los libros y las bibliotecas estuvieron siempre ligados a su vida, en cualquier circunstancia, incluso cuando cambiaba asiduamente de lugar de residencia, en la década de los cincuenta y parte de los sesenta. En una prosa apátrida re-

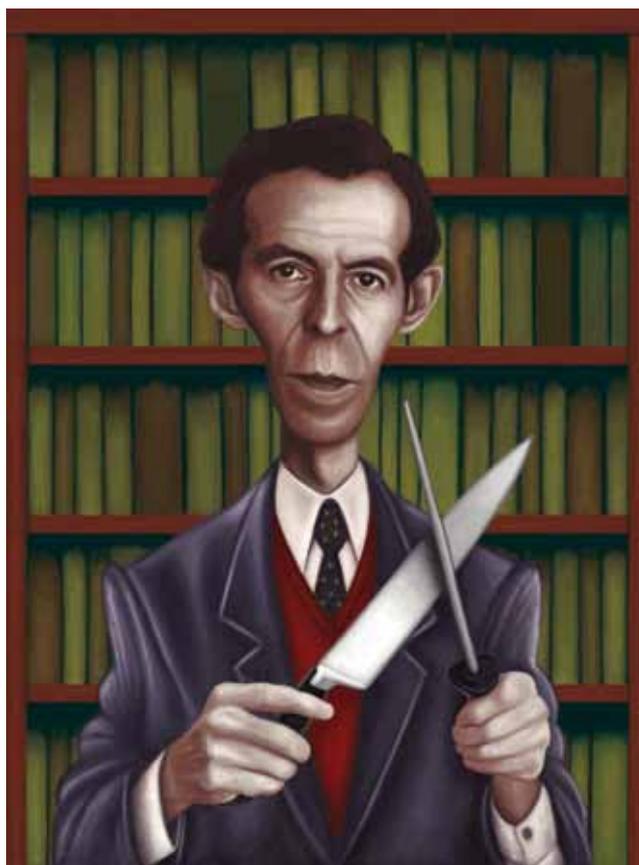


<http://copypasteilustrado.wordpress.com>

cuerda: “Durante diez años viví emancipado del sentido de la propiedad, de la profesión, de la familia, del domicilio y viajé por el mundo con una maleta llena de libros, una máquina de escribir y un tocadiscos portátil” (Ribeyro 1992: 82), hasta que cedió a los encantos de la vida burguesa, echó raíces y comenzó a acumular realidades: un apartamento, un amor, una cama, una silla, un cuadro, un hijo, hasta coleccionar una gran cantidad de objetos muchos de ellos inútiles, como libros que aparecen y no se quieren leer pero se guardan, etc. El hecho es que el peruano continuó agregando títulos a su colección particular, como se desprende, por ejemplo, de muchas de las cartas que se escribió con Juan Antonio, su hermano. Él era quien le mantenía al tanto de lo que se publicaba en Perú y le hacía llegar las novedades que pensaba que le podían interesar, aunque no siempre acertaba. El 26 de julio de 1968 escribe Julio Ramón: “Quería señalarte que ayer llegó un paquete de libros. Gracias por el envío, pero una vez más te ruego que selecciones rigurosamente los libros por despachar. Dos de los que enviaste tuve que echarlos de inmediato a la basura, pues estaban completa-

*Se puede decir que los libros y las bibliotecas estuvieron siempre ligados a su vida, en cualquier circunstancia, incluso cuando cambiaba asiduamente de lugar de residencia, en la década de los cincuenta y parte de los sesenta.*

mente picados, con polillas vivas que amenazaban con infestar mi biblioteca. Eran además libros sin valor alguno (...). Necesitaría yo mis libros de crítica literaria de Curtius, de Kayser, de Welck y Warren. Un acierto fue el envío de los poemas de Chariarse, que he releído, encontrándolos de extraordinaria calidad” (Ribeyro 1998: 201). Poco a poco, Julio Ramón se convirtió en un lector “omnívoro”, como él mismo dijo de sí, y se acostumbró incluso a leer varios textos a la vez: “No solamente libros sino tesis de amigos y cualquier cosa. Todo lo que me interesa en el momento. Soy especialista en los diarios personales, las correspondencias, ese tipo de literatura. Si empiezo un libro y no me gusta, lo dejo a mitad o a la tercera parte” (Coaguila 1998: 147). Y con el tiempo, su biblioteca llegó a ser



*La nueva crónica (Lima)*

no solo abultada, sino también de calidad en cuanto a los títulos, el cuidado y la estructura. Alfredo Bryce Echenique comentaba: “En la biblioteca de Julio hay ediciones preciosas. Es una biblioteca hermosa de mirar y de leer. Yo subrayo los libros, les doblo páginas, les arranco páginas y me las meto al bolsillo (...). Julio sabe dónde encontrar cada uno de sus libros. Cuando estás conversando con él en su casa, de pronto se levanta, saca un libro, lo hojea y lo deja” (Coaguila 1998: 148-149). Pero eso no quiere decir que los libros fueran para Ribeyro objetos sagrados. Más bien al contrario. Para él, un libro “es un objeto al que hay que poseer. Tiene que haber una relación vital, amorosa con él. Por eso, yo también los subrayo, los araño, les hago notas marginales. Uno tiene que vivir con sus libros, irse a la cama con ellos, dejarlos marcados” (Coaguila 1998: 149).

Julio Ramón adoraba el espacio físico de las bibliotecas, le gustaba recorrerlas de cabo a rabo, observar los lomos de los ejemplares, cogerlos, acariciarlos, pensar en ellos como seres animados que establecen un diálogo con el lector potencial y lo atraen como los cantos de sirena. En una prosa apátrida, exclama: ¡Oh, los libros, saben tanto y están tan silenciosos! Cuando en las noches recorro con la mirada los estantes de mi biblioteca y los veo alineados, taciturnos, tras sus vidrios corredizos, me digo: ¡cuán inaudiblemente claman para que alguien los convoque! ¡Yo soy *El Quijote*, parece decir uno, y estoy encuadernado en piel de

vaca! ¡Yo soy Balzac y he escrito la mejor *Comedia humana!* ¡Yo soy Shakespeare, en edición bilingüe, y puedo ofrecerte lo que quieras! Y uno se mantiene impertérrito a esos ruegos. Mañana, les digo, mañana me ocuparé de ustedes, sigan no más ahí tranquilos, mañana. ¡Pobres libros! ¡Pobres libros!” (Ribeyro 1992: 144) En otra prosa hay una verdadera oda a los libros, en la que se pone de manifiesto el enorme conocimiento que tenía el peruano de todo tipo de lecturas, y la intimidad que llegó a tener con formas, tamaños y contenidos diferentes:

Libros viscosos como pantanos en los cuales uno se hunde y clama en vano para que lo rescaten; libros secos, filudos, riscosos, que nos llenan de cicatrices; libros acolchados, de dunlopillo, donde damos botes y rebotes; libros-meteoro que nos transportan a regiones ignotas y nos permiten escuchar la música de las esferas; libros chatos y resbalosos donde patinamos y nos rompemos la crisma; libros inexpugnables en los que no podemos entrar ni por el centro, ni por delante, ni por detrás; libros tan claros que penetramos en ellos como el aire y cuando volvemos la cara ya no existen; libros-larva que dejan escuchar su voz años después de haberlos leído; libros velludos y cojonudos que nos cuentan historias velludas y cojonudas; libros orquestales, sinfónicos, corales, pero que parecen dirigidos por el tambor mayor de la banda del pueblo; libros, libros, libros... (Ribeyro 1992: 138)

Pero no todo son loas. Las bibliotecas también suscitan otro tipo de reflexiones, mucho más acordes con el temperamento derrotista y pasivo del peruano. A la celebración de la diversidad le responde a menudo la conciencia de la imposibilidad de saberlo todo, de conocerlo todo, de leer lo que se posee o se admira en las estanterías. Y en este punto también resalta de nuevo la gran diferencia temperamental entre el flaco Julio y el escribidor. En la novela de Mario Vargas Llosa *El héroe discreto*, don Rigoberto hace una defensa apasionada de la biblioteca particular, cuando los hijos de don Ismael, incultos, frívolos y superficiales, le preguntan, asombrados, si ha leído todo lo que se exhibe en las numerosas estanterías de la biblioteca de su casa. A lo que responde: “Mi tesis es que hay más posibilidades de leer un libro si lo tienes en casa que si está en una librería.” (Vargas Llosa 2013: 133). A Ribeyro, en algún momento de su vida en el que había comenzado a acumular muchos libros, le entró la angustia de intuir que es más lo que se ignora que lo que se sabe, como reflexiona Luder, quien “lanza una mirada lenta, circular y fatigada a los miles de libros que contienen los estantes de su biblioteca”, mientras suspira: “¡Cuánto ignoramos!” (Ribeyro 1989: 41). Tan elocuente es la desazón del

Ribeyro maduro, que ya no tiene tiempo de leerlo todo, y en la primera prosa apátrida, la que abre el volumen de la edición completa, insiste en la contingencia del ser humano y la incapacidad para redondear nuestro conocimiento con la lectura de todos los libros interesantes que poseemos, lo que deriva en un pensamiento todavía más penoso: el destino final de los libros, que no pueden ser leídos precisamente por la gran cantidad de textos publicados. En esa reflexión hay también una desazón personal, del Ribeyro escritor, que es consciente de que su destino como autor depende también de ese azar que lleva a los lectores a

*Julio Ramón es consciente de que lo más práctico es no acumular material en las casas particulares, sino acudir a los lugares públicos donde puede encontrarse toda la buena literatura reunida.*

elegir un libro y no otro, de cualquier biblioteca, para leerlo plácidamente. Ribeyro supone que, en muchas ocasiones, superada la barrera del proceso a través del cual un lector se interesa por un libro concreto, va a la librería, lo encuentra, le parece que el precio es asequible, lo compra, lo traslada a su casa y lo coloca en una estantería de su biblioteca, tiene que sortear todavía un escollo más: el de la elección de ese libro y no otro, de una abultada colección de buenas obras maestras. Ribeyro, tentado una vez más por el fracaso, duda que pueda competir en un futuro con Quevedo o con François Villon. La prosa primera es un poco larga pero merece la pena citarla completa:

¡Cuántos libros, Dios mío, y qué poco tiempo y a veces qué pocas ganas de leerlos! Mi propia biblioteca donde antes cada libro que ingresaba era previamente leído y digerido, se va plagando de libros parásitos, que llegan allí muchas veces no se sabe cómo y que por un fenómeno de imantación y de aglutinación contribuyen a cimentar la montaña de lo ilegible y entre esos libros, perdidos, los que yo he escrito. No digo en cien años, en diez, en veinte ¡qué quedará de todo esto! Quizá solo los autores que vienen de muy

buona, perche ha pur fatto tal volta per disgrazia alcuna buon'opera e perche ha imitato sempre, come ha saputo il meglio le maniere de' buoni. Ma perche la maggior parte delle sue cose sono stati quadri, che sono perle case de' gentil'huomini, dirò solo d'alcune, che sono publiche. Nella Chiesa di san Sebastiano in Vinezia alla capella di queglii da ca Pellegrini, ha fatto vn san Iacopo con due pellegrini. Nella Chiesa del Carmine nel Cielo d'un choro ha fatto vn' Assunta con molti Angeli, e santi. E nella medesima Chiesa alla Capella della Presentazione hà dipinto Christo puttinno, dalla madre presentato al Tempio, con molti ritratti di naturale: ma la migliore figura, che vi sia è vna Donna, che allatta vn putto, & ha addosso vn panno giallo, la quale è fatta con vna certa pratica, che s'usa a Vinezia, di macchie o vero bozze, senza esser finita punto. A costui fece fare Giorgio Vasari l'anno mil-

le cinquecento e quaranta in vna gran tela a olio, la battaglia, che poco in-

nanzi era stata fra Carlo Quinto, e Barbarossa. La quale opera, che fu delle migliori che

Andrea

Schia

uone faces-

semai, e veramente

bellissima, è hoggi in Fiorenza

in casa gl'heredi del Mag. M. Ottaviano

de' Medici, al quale fu madata a donare dal Vasari

*al meno se era la meglio  
 Gary en flambe y  
 eto sin d'ora y q' d'ora  
 mas q' esorite t' m' d'ora  
 vides son en b' l' d'ora  
 e m' d'ora y q' d'ora  
 la p' d'ora y q' d'ora  
 cura del p' d'ora  
 m' d'ora y q' d'ora  
 m' d'ora y q' d'ora*

*fine della Vita di Battista Franco Pitt. Viniziano.*



*gracia de B' d'ora  
 la meza de B' d'ora  
 Venecians y de J' d'ora  
 seri readra de J' d'ora  
 no d'ora y q' d'ora*

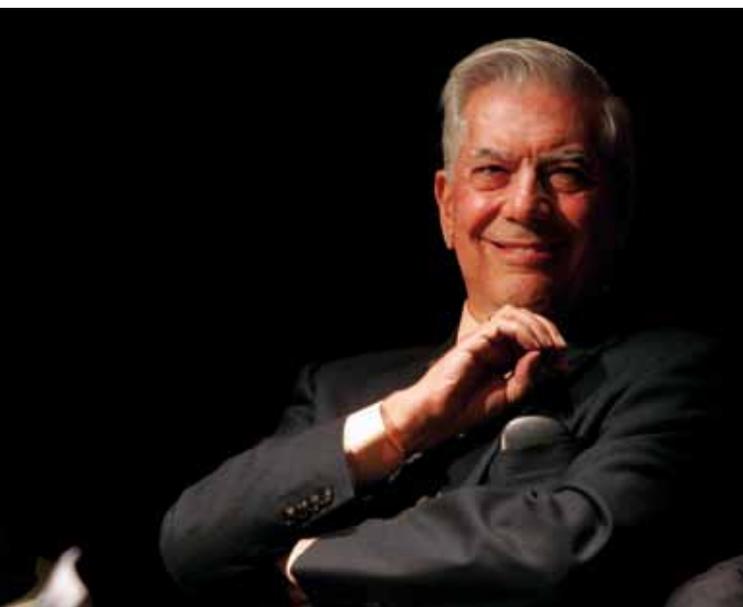
# La biblioteca del Greco

Museo del Prado

1 abril - 29 junio 2014

Exposición organizada por el Museo Nacional del Prado, la Biblioteca Nacional de España y la Fundación El Greco 2014

atrás, la docena de clásicos que atraviesan los siglos a menudo sin ser muy leídos, pero airosos y robustos, por una especie de impulso elemental o de derecho adquirido. Los libros de Camus, de Gide, que hace apenas dos decenios se leían con tanta pasión ¿qué interés tienen ahora, a pesar de que fueron escritos con tanto amor y tanta pena? ¿Por qué dentro de cien años se seguirá leyendo a Quevedo y no a Jean Paul Sartre? ¿Por qué a François Villon y no a Carlos Fuentes? ¿Qué cosa hay que poner en una obra para durar? Diríase que la gloria literaria es una lotería y la perduración artística un enigma. Y a pesar de ello se sigue escribiendo, publicando, leyendo, glosando. Entrar en una librería es pavoroso y paralizante para cualquier escritor, es como la antesala del olvido: en sus nichos de madera, ya los libros se



aprestan a dormir su sueño definitivo, muchas veces antes de haber vivido. ¿Qué emperador chino fue el que destruyó el alfabeto y todas las huellas de la escritura? ¿No fue Eróstrato el que incendió la biblioteca de Alejandría? Quizás lo que pueda devolvernos el gusto por la lectura sería la destrucción de todo lo escrito y el hecho de partir inocente, alegremente de cero. (Ribeyro 1992: 11-12)

Ribeyro escribe este texto cuando todavía no se ha producido en Occidente el verdadero boom de las editoriales y la publicación de *bestsellers* de ámbito mundial, que tiene lugar más bien en la última década del siglo XX y la primera del presente milenio. Pero es suficiente lo que ha visto en cuanto a la evolución del mercado, desde que comenzó a publicar, a mitad de los cincuenta, hasta que ya es un autor consagrado, en los setenta. En el ámbito hispánico ya ha ocurrido el boom de la narrativa, y

Carlos Fuentes, además de García Márquez, Vargas Llosa, Julio Cortázar, etc., han vendido cientos de miles de ejemplares de muchas de sus obras, y el movimiento editorial que se ha generado alrededor de las editoriales españolas, los agentes literarios, los contratos de traducción, es muy llamativo. Pero la reflexión de Ribeyro tiene todo el sentido: que se haya difundido tanto un grupo de escritores no quiere decir que la posteridad siga reconociendo a los portadores del éxito coyuntural. Para ello hay que atravesar una línea muy complicada, para lo cual no existen únicamente unos criterios sólidos de calidad o reconocimiento popular o intelectual, sino otros cuya índole y funcionamiento ignoramos. Lo interesante de esa reflexión es que se adelanta varias décadas a la desaparición de los criterios de calidad con que las editoriales han aceptado textos, para obtener réditos económicos de obras que, por razones a veces arbitrarias y ayudadas por la maquinaria de la propaganda a gran escala, se han difundido por todo el mundo por millones de ejemplares, han sido sobrevaloradas, se han granjeado un prestigio que no se corresponde con la calidad, han ingresado en la maquinaria que pone en archa la civilización del espectáculo (Vargas Llosa 2012), y han confundido al público lector, que no sabe distinguir una obra maestra de un simple objeto de entretenimiento. En fin, ante la avalancha de títulos que ya en las décadas de los setenta y ochenta inundaban librerías y bibliotecas, Julio Ramón es consciente de que lo más práctico es no acumular material en las casas particulares, sino acudir a los lugares públicos donde puede encontrarse toda la buena literatura reunida. Lo dice en otra prosa, la 155:

La biblioteca personal es un anacronismo. Ocupa demasiado lugar en casas cada vez más chicas, es oneroso formarlas, nunca realmente se las aprovecha en proporción a su costo o volumen. Un libro leído, además, ¿no está ya en nuestro espíritu, sin ocupar espacio? ¿Para qué conservarlo, entonces? ¿Y no abundan ahora acaso las bibliotecas públicas, en las que podemos encontrar no solo lo que queremos, sino más de lo que queremos? La biblioteca personal responde a circunstancias de tiempos idos: cuando se habitaba el castillo o la casa solariega, en los que por estar aislado del mundo era necesario tener el mundo a la mano, encuadernado; cuando los libros eran raros y a menudo únicos y era imperioso poseer el codiciado incunable; cuando las ciencias y las artes evolucionaban con menos prontitud y lo que contenían los libros podía conservarse vigente durante varias generaciones; cuando la familia era más estable y sedentaria y una biblioteca podía transmitirse en la misma morada y habitación y ar-

marios sin peligro de dispersión. Esas circunstancias ya no se dan. Y sin embargo, hay locos que quisieran tener todos los libros del mundo. Porque son demasiado perezosos para ir a las bibliotecas públicas; porque se cree que basta mirar el lomo de una colección para pensar que ya se ha leído; porque uno tiene vocación de sepulturero y le gusta estar rodeado de muertos; porque nos atrae el objeto en sí, al margen de su contenido, olerlo, acariciarlo. Porque uno cree, contra toda evidencia, que el libro es una garantía de inmortalidad y formar parte de una biblioteca es como edificar un panteón en el cual le gustaría tener reservado su nicho. (Ribeyro 1992: 128-129)

La etapa de madurez del peruano, sobre todo después de la primera gran operación de los años setenta, descrita en “Solo para fumadores”, puso las cosas en su sitio. Ribeyro también había profesado, como hemos visto, un particular culto a los libros, a los que acariciaba, quitaba el polvo con frecuencia, cogía solo para verlos y admirarlos, defendía de las polillas, se obsesionaba con conseguir, como en “El polvo del saber”, distinguía entre buenos y malos, prescindibles e imprescindibles. Tiempo después, puso de manifiesto que su formación filosófica estaba más cerca del escepticismo y el estoicismo que del pragmatismo. Es más, en un momento hasta abandonó la lectura a gran escala, la “omnívora”. En una entrevista de 1986 aseguraba: “Ahora cada vez leo menos. Leo solo lo que me interesa, así no tenga actualidad. La actualidad me importa un huevo. Cuando me preguntan si he leído la última novela de fulano o de mengano, siempre digo no. ¿Por qué tiene uno que leer lo último? Yo leo lo que me da la gana: historia, poesía, periódicos, revistas” (Coaguila

la 1998: 147). La última época de su vida fue la epícuca: lo confirman casi todos los entrevistados, los amigos sin máscara de la quinta parte de este libro. Julio Ramón cambió la literatura por la vida. Su literatura había sido su vida, hasta literalmente, dado el gran caudal de aguas autobiográficas en los cuentos, las novelas, los dichos, las prosas, las cartas, los diarios. Al final, su vida fue su vida, y la literatura pasó a un segundo plano. El cigarro ya no era condición para escribir, sino para vivir. Lo mismo el vino. También la bicicleta. En su piso del Parc Monceau de París había muchos libros, los de siempre, como he corroborado en numerosas visitas a Alida durante la década primera de este siglo, pero en el apartamento de Barranco había una exigua cantidad de ejemplares, muchos de ellos colocados allí por sus familiares después de su muerte. En una visita que hice al lugar con su hermana Meche y su cuñado Jorge de La Puente en 1999, pude ver los títulos que llenaban las poquísimas y pequeñas estanterías de su apartamento. Como en “Ridder y el pisapapeles”, de repente, algo me molestó. Un cierto parecido a algo familiar. Era mi propio libro, la edición que hice de sus cuentos para la colección Austral de Espasa Calpe en 1998. No fue él, evidentemente, sino su familia, quien se encargaba de llenar de ediciones de sus propias obras aquellos estantes que, en el momento de su muerte, estaban medio vacíos. Julio había cumplido a cabalidad con sus premisas de madurez. Flaco por dentro, pero también flaco por fuera. Parece todavía estar desafiándonos con esa imagen de cierto desinterés, llevándose el cigarro a la boca, con la mirada perdida, libre del polvo del saber, imaginando que, dentro de quinientos años, sea uno de los pocos que sobrevivan al boom, al siglo XX, a la época de grandes transformaciones que le tocó vivir, como un clásico universal. ▲

#### Bibliografía

1. Coaguila, Jorge (ed.) (1998). *Julio Ramón Ribeyro. Las respuestas del mudo (entrevistas)*. Lima: Jaime Campodónico.
2. Pérez, Crisanto y Palacios, Víctor (eds.) (2008). *Julio en el Rosedal. Memoria de una escritura*. Piura: Universidad.
3. Ribeyro, Julio Ramón (1989). *Dichos de Luder*. Lima: Jaime Campodónico.
4. Ribeyro, Julio Ramón (1992). *Prosas apátridas*. Lima: Milla Batres/COFIDE.
5. Ribeyro, Julio Ramón (1998). *Cartas a Juan Antonio*. Lima: Jaime Campodónico. Tomo II.
6. Vargas Llosa, Mario (2012). *La civilización del espectáculo*. Madrid: Alfaguara.
7. Vargas Llosa, Mario (2013). *El héroe discreto*. Madrid: Alfaguara.

#### Ficha técnica

**AUTOR:** Esteban, Ángel.

**FOTOGRAFÍAS:** <http://www.tvperu.gob.pe>, <http://joseantoniogaloso.blogspot.com>, *La nueva crónica* (Lima), <http://copypasteilustrado.wordpress.com>, <http://byricardomarcenaro.blogspot.com>.

**TÍTULO:** El polvo del saber en Julio Ramón.

**RESUMEN:** Tras la descripción de la autobiografía de Julio Ramón Ribeyro, *El polvo del saber*, el autor de este artículo desgrana la vida del autor peruano y su amor por los libros y las bibliotecas. Desde su niñez hasta su madurez, se describe qué sentimientos y qué conclusiones llegaba a formular Julio Ramón sobre los cambios en la literatura, sobre la influencia de los nuevos tiempos y las transformaciones que le tocó vivir en pleno cambio, el siglo XX.

**MATERIAS:** Ribeyro, Julio Ramón / Autores Literarios.